

UN QUINQUENIO DECISIVO EN LA INDIA: 1970-1975

(y IV)

El último de los periodos que venimos considerando, esto es, el que transcurre desde abril de 1974 a agosto de 1975, destaca por tres acontecimientos de primera magnitud: la explosión nuclear india, la anexión del Sikkim y la proclamación del estado de urgencia.

Durante este periodo destaca el viaje realizado al Irán por la primer ministro. Indira Gandhi llegaba a Teherán el 28 de abril de 1974 con el ánimo de alcanzar diversos objetivos, entre ellos el de conseguir mejores precios en la compra de petróleo, cuyos costes prohibitivos amenazaban con paralizar la industria nacional. El viaje de la primer ministro había sido precedido por la visita a Teherán del ministro de Asuntos Exteriores, Singh, para explorar el terreno. Además de este fundamental motivo económico, Nueva Delhi trataba de aprovechar el reciente enfriamiento entre Pakistán e Irán, a consecuencia de la situación interior pakistani, donde se registraba una rebeldía en el Beluchistán, que era combatida militarmente por Islamabad. Si bien el shah Reza Pahlevi—temeroso de que la rebeldía beluchi se contagiase a las tribus de ese grupo étnico que habitan en el Irán—no dudó en suministrar tropas iraníes para ayudar a las pakistaníes, en el fondo no estaba satisfecho de la forma en que el Pakistán contemplaba los asuntos del Beluchistán ni del Puchtunistán. Existían visibles diferencias de criterio entre los dos países, y en esa etapa de divergencias Indira Gandhi hacía acto de presencia en la capital iraní para fortalecer la posición de su país. Para la India resulta imprescindible la amistad o la benevolencia del Irán—la mayor potencia militar de aquella región—ante la remota posibilidad de que un Pakistán, quebrantado durante la última guerra, consiguiese una alianza con el Irán que trastornase el actual panorama de seguridad militar que ha forjado Nueva Delhi. Los visibles esfuerzos de Bhutto, desde su llegada al poder, por estrechar las relaciones con el shah, no dejaban de inquietar en la capital india. Indira Gandhi quería asegurarse

de que la evolución de los acontecimientos no desembocaría, bajo ningún concepto, en una estrecha cooperación militar irano-pakistaní. A todas luces resultaba conveniente que Indira Gandhi, en sus entrevistas, pusiera en claro que su país no deseaba, en modo alguno, la desmembración del Pakistán. En las entrevistas celebradas por el primer ministro con el shah, aquélla ponía especial empeño en subrayar que su país no tenía la intención de apoyar al Iraq en su querrela con el Irán, a pesar de sus excelentes relaciones con Bagdad y de que la India entrenaba a los pilotos de la aviación iraquí. El esfuerzo desplegado por Indira Gandhi durante ese viaje revela bien claramente la lucidez de la diplomacia india, que consideraba esencial mantener las mejores relaciones con Irán, puesto que la India no podía competir con ese país en una carrera de armamentos, ya que carece de la riqueza financiera que aquél posee merced a los recursos que obtiene del petróleo. Además de la comprensión demostrada por las autoridades iraníes, Indira Gandhi obtenía un sustancioso préstamo del fondo especial de ayuda a los países subdesarrollados no productores de petróleo, del que Irán es el mayor contribuyente.

La aproximación indo-iraní coincidía con el anuncio, en Washington, del restablecimiento de la ayuda económica y financiera americana a Nueva Delhi. Este acontecimiento suponía el triunfo de la postura flexible, pero firme, de la primer ministro. Efectivamente, Indira Gandhi había declarado —el 31 de diciembre de 1973— que «no formulamos ninguna objeción a una estrecha cooperación con los Estados Unidos. Si los Estados Unidos nos hacen propuestas que sean ventajosas para nosotros, ciertamente que no las rechazaremos.» Daba a entender con suma claridad que su Gobierno no solicitaría formalmente una nueva ayuda económica de Washington, pero que no la rechazaría si se la ofrecían. Así había ocurrido ahora y Washington concedía la ayuda y anunciaba la visita en junio del secretario de Estado, Kissinger.

* * *

El 16 de mayo señala una fecha capital en la historia de la Unión India. Dicho día, a las 8,37 de la hora local, hacía explotar en el desierto de Thar (provincia del Radjasthan) su primer ingenio nuclear. De tal forma la India se convertía en el sexto miembro del grupo de potencias atómicas, aunque la comisión de energía atómica tenía sumo cuidado en advertir que se trataba de una experiencia de objetivo «estrictamente pacífico»; de acuerdo con la política practicada tradi-

cionalmente¹. Nueva Delhi había venido insistiendo largo tiempo en que se abstendría de participar en la carrera nuclear, a pesar de las presiones de ciertos medios políticos y de las tendencias de la población, ya que en una encuesta realizada en 1970, el 66 por 100 de los consultados eran partidarios de que su país poseyese el arma nuclear. La explosión revelaba el alto grado de formación de los técnicos indios y los recursos que posee el país. No obstante, por encima del prestigio conseguido en la histórica explosión, subsiste el hecho lamentable de que, dada la magnitud de los problemas indios, este acontecimiento no resolvería ninguno de los que son verdaderamente fundamentales: el hambre que azota el país, los millares de seres que fallecen anualmente por falta de alimentos, la pavorosa miseria en que vegetan decenas de millones de personas y la falta de condiciones higiénicas en que se desenvuelve la vida de la mayor parte del país al carecerse de suficientes recursos financieros para las obras públicas indispensables. Cuando prevalecen condiciones tan negativas y la subsistencia de la población depende fundamentalmente de la ayuda extranjera, parece inhumano que se destinen sumas fabulosas —se calcula que la inversión mínima había sido, hasta entonces, de 216 millones de dólares— para la fabricación de ingenios nucleares aun en el caso de que existiese la garantía de que estuviesen destinados de forma exclusiva a usos pacíficos. Lo cual, por otra parte, dista mucho de ser una realidad incontrovertible, puesto que ya —en abril de 1967, en la Conferencia de Ginebra— el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Chagla, había manifestado de forma rotunda que: «hemos renunciado a formar un arsenal atómico, pero si, bajo la presión de acontecimientos ajenos a nuestra voluntad, nos viésemos forzados a fabricar una bomba atómica, pienso que eso sería posible en un plazo relativamente corto».

A nuestros ojos occidentales resulta monstruoso la inversión en ese tipo de experiencias de las sumas que son necesarias para dignificar la vida de aquellas miserables poblaciones. No obstante, en tan lejano país, la mentalidad no es la misma, puesto que el anuncio de la explosión suscitó un inmenso clamor de entusiasmo. Tal vez las referencias que poseemos no provengan de las capas más desheredadas, de aquellos moribundos cuya opinión nadie tiene en cuenta. Pero las clases medias y acomodadas, la prensa y los políticos de todos los matices,

1 En 1964, a raíz de la experiencia nuclear china, Indira Gandhi había declarado a la televisión francesa: «La India está en condiciones de producir una bomba atómica en el plazo de dieciocho meses, pero no debemos desviarnos de nuestra política pacifista.»

no ocultaban su inmensa satisfacción por el acontecimiento. El inmenso subcontinente vibraba ante el orgullo de haber demostrado al mundo de lo que era capaz su patria. Si antes de la explosión, y en virtud del desastre económico-social, el prestigio de Indira Gandhi se había erosionado notablemente, ahora la noticia de la explosión del Thar realzaba su popularidad hasta cimas insospechadas. Trémulas de orgullo patriótico, las multitudes olvidaban los estragos que venían causando las huelgas ferroviarias, iniciadas el 8 de mayo, y el anuncio de las insuficiencias de las cosechas, lo que significaba la extensión del hambre. Indira Gandhi recibía calurosas felicitaciones desde la extrema derecha a la extrema izquierda y se transformaba en un ídolo nacional. Desde el punto de vista técnico, la explosión atómica representaba un triunfo gigantesco de los diez mil ingenieros y empleados que trabajan en la gran factoría de Trombay, dedicada a la separación del plutonio.

La explosión atómica india había sido subterránea. Aunque resulta extraño que se hubiera elegido ese camino de experimentación —puesto que resulta bastante más costoso que las experiencias en la superficie—, Nueva Delhi lo había preferido para recalcar las declaraciones que había prodigado de que la finalidad que perseguía era la de emplear la energía atómica «en la explotación minera de los recursos del subsuelo». A este objetivo se agregaba otro primordial, que era el de evitar, en lo posible, las condenas de los países asiáticos por contaminación radiactiva de la atmósfera. Es decir, trataba de mantenerse como el custodio de la ley moral en la política internacional. A pesar de tales precauciones, las censuras no se harían esperar: Pakistán y Nepal —dos vecinos de la Unión India— se mostraban especialmente inquietos por esta muestra definitiva de poderío. Australia y Albania elevaban enérgicas protestas. Japón se lamentaba y la prensa de otros países asiáticos criticaba ásperamente al Gobierno indio. En Canadá, que había proporcionado la tecnología empleada —al haber construido un reactor nuclear experimental de un costo de 20 millones de dólares, que fue entregado en 1957—, el disgusto resultaba particularmente acentuado; el ministro de Asuntos Exteriores, Sharp, expresaba públicamente la reprobación de su Gobierno: «Canadá se ha opuesto siempre a los ensayos nucleares, cualquiera que sea la forma en que se lleven a cabo, y considera lamentable que un nuevo país los realice.»

En Pakistán la inquietud alcanzaba el clímax. La circunstancia de que el terreno elegido para la experimentación fuese limitrofe, prácti-

camente, de la frontera común, agravaba el temor producido por la posesión de ingenios nucleares por parte del caracterizado rival. De forma muy significativa, el primer ministro pakistaní, Zulficar Ali Bhutto, declaraba el 19 de mayo que su país «no aceptaría nunca una hegemonía india sobre el subcontinente» y que emprendería una serie de gestiones para llamar la atención del mundo acerca del peligro provocado por la posesión del arma nuclear por parte de la India. El ministro de Asuntos Exteriores, Aziz Ahmad, declaraba que «los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU deben actuar colectiva o individualmente para proteger a todo Estado susceptible de ser amenazado por un ataque nuclear».

Esta actitud resultaba sobremanera justificada, porque la realidad es que no se daba mucho crédito a la solemne afirmación india de que el ingenio que había fabricado sólo sería aplicado para usos pacíficos. Ciertamente existen tales usos pacíficos, pero el empleo de la energía nuclear para los mismos es aún muy limitado. No resulta verosímil que se efectúe el enorme desembolso financiero que se necesita para lograr los ingenios nucleares cuando son tan escasas las actuales aplicaciones pacíficas de la energía atómica. El 21 de mayo, en Ginebra, durante la 63 sesión de la Conferencia del Desarme, los representantes norteamericano, japonés, sueco y canadiense deploraban en sus discursos la experiencia india, considerando que suponía un grave revés en los esfuerzos para conseguir el desarme. El ministro indio de Asuntos Exteriores, Swaran Singh, insistía en la versión de su Gobierno declarando, en Nueva Delhi, que la Unión India no tenía la intención de convertirse en una potencia nuclear militar, aunque se reservaba el derecho de promover en la forma más amplia posible todas las utilizaciones pacíficas de la energía nuclear.

No obstante tales afirmaciones, Pakistán persistía en su alarma, y el 22 de mayo el presidente de la Comisión pakistaní de Energía Atómica, doctor Munir Ahmed Jan, declaraba que su país comenzaría «en breve» a explotar sus yacimientos de uranio, que, en su opinión, resultan suficientes para poner en práctica el programa nuclear pakistaní. Hacía saber, al propio tiempo, que Pakistán posee numerosos científicos perfectamente capacitados para desarrollar ese programa. Es decir, que en último término la explosión atómica india había desencadenado en el subcontinente una carrera que iba a significar la inversión de sumas colosales por parte de dos Estados que necesitan sus débiles recursos financieros para lograr el desarrollo y la elevación del nivel de vida de sus poblaciones.

En el plano internacional, una de las más resonantes consecuencias de la experiencia atómica del Thar fue la aplicación de sanciones económicas canadienses. El Gobierno de Ottawa, el 22 de mayo, anunciaba que aplicaría a Nueva Delhi una serie de medidas que equivalían a severas sanciones económicas. El ministro de Asuntos Exteriores, Sharp, informaba que el Canadá colocaba bajo embargo toda expedición de materiales y equipos nucleares destinados a la India y que cesaba inmediatamente el suministro de tecnología nuclear. También rehusaría financiar la deuda comercial de la India, que presenta anualmente un déficit de unos 50 millones de dólares. Aunque no quedaría afectada la ayuda agrícola y alimenticia, estas medidas anunciadas representaban un grave contratiempo para Nueva Delhi; ya que la India se venía beneficiando de la cuarta parte del presupuesto que el Canadá destinaba para la ayuda de los países subdesarrollados.

* * *

La explosión atómica india había representado, desde el punto de vista financiero, una pesada carga para la maltrecha economía de la Unión India y, en cuanto al plano internacional, había significado una evidente crisis de confianza. Pero Indira Gandhi había conseguido, en cambio, reforzar su posición en el marco interno del país. La exaltación nacionalista que había suscitado el acontecimiento del 16 de mayo la transformaba en el árbitro indiscutible de los destinos del inmenso país. Esto se demostraba el 17 de agosto, cuando tenía lugar la sexta elección presidencial y en la que resultaba elegido, impuesto por la voluntad de la primer ministro, Fakhruddin Ali Ahmed, uno de sus más fieles partidarios. La designación de un personaje tan desvaído, en su trayectoria política, como Ali Ahmed—que había fracasado resonantemente en el cargo de ministro de Agricultura y Alimentación, que ocupaba en el momento de su elección para la primera magistratura—demostraba claramente que Indira Gandhi se encontraba en condiciones de imponer su voluntad y, además, que cada vez estaba menos dispuesta a escuchar censuras y reproches. Para nadie era un secreto que el presidente saliente, Giri, había criticado ciertos aspectos de la política gubernamental y se había atraído por ello la enemistad de Indira Gandhi. La primer ministro estaba firmemente decidida a no escuchar voces discordantes, a pesar de que la grave situación interna diese motivos más que suficientes para que fuese puesta en tela de juicio la actividad de su Gobierno. «Ocho años y

medio después de la llegada al poder de la señora Gandhi, en la que los indios habían depositado tantas esperanzas, la situación no ha sido nunca tan mala: no solamente no progresa la industria, sino que incluso baja su producción. La agricultura no alcanza a alimentar a una población que crece sin cesar, mientras que el Gobierno no hace nada contra las estructuras agrarias tradicionales, la especulación a escala nacional, el mercado negro, la corrupción. El engranaje administrativo impide la puesta en práctica de cualquier proyecto. "¿Quién otro habría podido concebir—escribe un editorialista—ese plan para invertir doce mil millones de rupias en las aldeas y hacer a sus pobladores más miserables, más enfermos y más hambrientos?"²

En octubre de 1974 la crisis económica había alcanzado su punto culminante. El panorama interno resultaba sobrecogedor: la falta de cereales era absoluta; la inflación, galopante; el déficit presupuestario y el paro creciente sumían al país en la más intensa postración. Para intentar un remedio a esta situación gravísima, Indira Gandhi reorganizaba su Gobierno el 10 de dicho mes. Singh abandonaba la cartera de Asuntos Exteriores para ocupar la de Defensa, Y. B. Chavan le sustituía en la dirección de la diplomacia y M. C. Subramanian era nombrado ministro de Finanzas tal vez con la intención—dados sus antecedentes—de promover las inversiones extranjeras y acrecentar la ayuda americana³. Al ministro del Plan, Dhar, se le encargaba la misión de obtener más ayuda de la Unión Soviética. En la medida en que Washington y Moscú aportaran dinero a Nueva Delhi se podría apuntalar el tambaleante tinglado indio, cuyo desmoronamiento podría significar la desmembración de la Unión India y el caos en el subcontinente.

Aunque resulte monótono insistir sobre aspecto tan poco grato, es preciso resaltar que en el hambre reside la clave de los rumbos futuros que puede adoptar el país. La situación había llegado a ser catastrófica, puesto que, en diciembre de 1974, el racionamiento im-

² *Le Monde*, 20 agosto 1974.

³ Las inversiones privadas en la India se cifraban, en 1973, en algo más de dos mil millones de dólares y aumentaban, anualmente, en un centenar de millones. El IV. plan había previsto acelerar el movimiento para alcanzar un ritmo de unos 180 millones de dólares anuales. Esos aportes privados de divisas se agregarían a los créditos públicos internacionales que la India sigue recibiendo muy abundantemente. Según el criterio de Nueva Delhi, este aflujo de capitales extranjeros no es contrario al objetivo de independencia financiera. Aunque lo fuera, le resulta imprescindible, dado que en la India, de forma crónica, el balance comercial es trágicamente deficitario. En cuanto se refiere a la ayuda americana, la Casa Blanca anunciaba, el 30 de noviembre, que los Estados Unidos reanudaban su «programa de ayuda alimenticia» y habían decidido ceder a la India trescientas mil toneladas de trigo, pagaderas a crédito.

plantado por el Gobierno daba derecho a ocho kilogramos de cereales, uno de grasa vegetal y ochocientos gramos de azúcar por persona y mes. El Partido Socialista había dirigido en dos ocasiones diferentes, durante el mes de noviembre, duras críticas al Gobierno, al que acusaba de «indiferencia inhumana» hacia los pobres que «se alimentan de raíces y hojas muertas». Un diputado de esa formación política informaba que el hambre había ocasionado, durante los últimos meses, el fallecimiento de 25.000 personas en Bengala, Assam y Orissa. Y esa trágica situación se agrava cada año que transcurre, porque frente a una población que aumenta cotidianamente, la producción de cereales permanece estancada⁴.

Esa estabilización de los rendimientos agrícolas —y, por supuesto, el vertiginoso incremento demográfico— es el factor esencial que impide el progreso del país. La baja productividad agrícola se había comprobado ya en el primer Plan quinquenal: «pero aunque el *output* era sólo el 14 por 100 superior en 1956 que en 1949, la producción india de cereales sigue siendo desesperadamente baja, poco más de 800 libras de *paddy* por acre, que se puede comparar, por ejemplo, con 1.200 en Pakistán, más de 2.000 en China y 3.500 en Japón. Las siete décimas partes de la población —que son ahora unos 400 millones de seres— depende de esta agricultura insuficiente, y las cuatro quintas partes vive en medio millón de aldeas. El rápido incremento del bienestar en la India dependerá del rápido aumento en la eficiencia agrícola»⁵. En los veinte años transcurridos desde que se publicara ese comentario no se ha logrado nada de ello. El cuarto de siglo abarcado por los sucesivos planes quinquenales no han significado un apreciable incremento de la productividad agrícola, mientras que la población ha aumentado en más de doscientos millones de seres. No obstante, el Gobierno sigue insistiendo en la peligrosa utopía de proclamar que alcanzará el éxito en ese sector vital. En el IV Plan se declaraba que «en 1974 se conseguirá la autosuficiencia alimenticia»; pero esa predicción —formulada en 1969— dejaba paso a la trágica situación que venimos esbozando y que se concretaba, en diciembre de 1974 —el previsto «año de la autosuficiencia»—, en que si la India no podía importar tres millones de toneladas de cereales en los próximos ocho meses, perecerían de hambre varios millones de personas.

⁴ La producción de cereales alcanzó las siguientes cifras: 1970-71, 108 millones de toneladas; 1971-72, 105 millones; 1972-73, 95 millones; 1973-74, 104 millones. Según las previsiones, la cosecha de 1974-75 sería de 103 millones. El «mínimo vital» está establecido, en el momento actual, en 106 millones de toneladas.

⁵ «India's Great Drive for Prosperity», *The Times Weekly Review*, 24 enero 1957.

No puede ser de otro modo, ya que la población india —que alcanza 606 millones de personas a finales de 1974, según las estimaciones del Banco Mundial— crece a un ritmo del 2,35 por 100, es decir, que anualmente vienen al país catorce millones de nuevos seres que es preciso alimentar.

Decimos que el proclamar la proximidad de la autosuficiencia alimenticia es una peligrosa utopía porque el Gobierno, confiado en sus propias fantasías, no realiza los esfuerzos necesarios para lograrla. Con sumo acierto, escribe Jean de la Guérivière: «El Gobierno paga ahora el precio de sus pasados errores en materia agrícola. Ciertamente se han volcado esfuerzos en el terreno particular de los regadíos. De unos 169 millones de hectáreas cultivadas, casi 40 millones son de regadío (4,5 millones se han irrigado durante el IV Plan, de abril de 1969 a abril de 1974). Pero, durante ese mismo plan, la agricultura y el regadío no han recibido, conjuntamente, más que el 21 por 100 de las inversiones públicas y privadas, mientras que la tierra ocupa el 72 por 100 de la mano de obra y produce el 45 por 100 de la renta nacional»⁶. Es decir, que, sin negar que se vuelcan ciertos esfuerzos gubernamentales por resolver el problema agrícola, siendo éste vital, es preciso realizar una labor titánica y eso no se ha logrado en forma alguna.

Por añadidura, algunas de las medidas que se adoptaban resultaban contraproducentes. La nacionalización del comercio del trigo⁷ motivó el que los campesinos prefiriesen reducir su producción antes que venderla al Estado a unos precios que consideraban excesivamente bajos. Como consecuencia, la nacionalización tuvo que ser anulada. En materia agrícola no ha existido una política congruente. El Gobierno cifró excesivas esperanzas en la «revolución verde» sin considerar que se trata de un procedimiento costoso que afecta sólo a las tierras de regadío, que sólo suponen el 23 por 100 del terreno cultivado. Además, sólo se consiguen notables aumentos en la producción de arroz, que representa el 45 por 100 de los cereales consumidos. Por otra parte, en aquellas explotaciones en que se ha logrado aumentar, de forma significativa, la producción, los propietarios agrícolas han despedido personal, con lo que se ha aumentado el paro rural. Los campesinos pobres, a su vez, no disponen del capital necesario para aplicar la «revolución verde». Frente a un problema de tan inmensa magnitud, como es el de asegurar el sustento a más de 600 millones de se-

⁶ Jean de la Guérivière, *Le Monde*, 14 diciembre 1974.

⁷ Cfr. «Un quinquenio decisivo en la India: 1970-1975» (III).

res, el Gobierno no ha respondido —ni este Gobierno ni todos los que le han precedido desde la independencia del país— con la suficiente competencia y atención, dedicando sus mejores esfuerzos a la política partidista. Años atrás, el editorialista de *Times of India*, Sham Lal, escribía: «un país pobre del tamaño de la India no puede resolver sus problemas a menos que comprenda que sus intereses nacionales están por encima de los intereses de los partidos»⁸.

* * *

Otro factor que contribuía a agravar la crítica situación consistía en la acción subversiva de las organizaciones extremistas, especialmente el Partido Comunista marxista-leninista. La tarea de agitación, alentada por Pekín, era muy amplia y tenía por objetivo desencadenar la rebelión armada según consignas muy precisas⁹. Siguiendo esa táctica, se producían turbulencias y choques armados en diversos lugares de la Unión. No resulta posible la mención detallada de los mismos y tan sólo vamos a consignar el enfrentamiento entre la policía y los «naxalitas» (comunistas marxista-leninistas) ocurrido en Masaurhji (Bihar) el 3 de junio de 1975, en el que resultaron muertos ocho revolucionarios y 12 policías heridos. Este ejemplo demuestra el grado de agitación que prevalece en el país. No obstante, si los desórdenes alcanzan suma gravedad, no significan, en modo alguno, la revuelta general del pueblo. Ramachandran¹⁰ opina que «el apoyo de Pekín al tercer partido comunista indio y a otros grupos puede tal vez ser mejor

⁸ *Time*, 21 febrero 1969.

⁹ Entre otras significativas declaraciones figura ésta, que fue publicada por la «Agencia de Noticias Nueva China» el 6 de enero de 1970: «Bajo la dirección del Partido Comunista de la India (marxista-leninista) y enarbolando bien alto el estandarte "está bien rebelarse contra los reaccionarios", el pueblo revolucionario indio está tomando las armas para rebelarse contra los reaccionarios de la India. Desde el primer tiro de la lucha armada disparado en el valle de Naxalbari hasta la violenta acción revolucionaria en Srikakulam, las tormentas primaverales están resonando en todo el vasto territorio de la India. Las rugientes llamas de la lucha armada revolucionaria que ahora se ha extendido a ocho Estados de la India arden furiosas más veloz y reciamente. Bajo la dirección del Partido Comunista de la India (marxista-leninista), vanguardia de la clase trabajadora india, las masas armadas de campesinos se han apoderado de los rifles, del grano y de las tierras de los terratenientes, han castigado a los despóticos hacendados y a los funcionarios venales, culpables de los más nefandos crímenes, y han tendido emboscadas a la policía reaccionaria y a las fuerzas armadas de los terratenientes empeñados en "sitiar" y "reprimir". Con vigor y vitalidad, están llevando a cabo la revolución agraria y la guerra de guerrillas en el campo y se están adueñando del poder político, inaugurando así una situación fuerte y completamente nueva en la revolución india. ¡La situación revolucionaria de la India es excelente! Empeñarse en la lucha armada y seguir el camino de adueñarse del poder político utilizando la fuerza de las armas bajo la dirección del proletariado es el único camino bueno que conducirá a la revolución india a la victoria.»

¹⁰ K. N. RAMACHANDRAN: «Pekín y el comunismo indio desde 1965», *La actualidad en China Continental*, vol. VI, número 8, 15 abril 1970.

comprendido si se tiene en cuenta que Pekín ha descartado la estrategia parlamentaria en beneficio de la revuelta armada. Pero bien pudiera ocurrir que algunas de las creencias de Pekín fueran erróneas. Las descripciones hechas por Pekín de las mal preparadas intenciones de rebelión armada de los maoístas indios como «luchas heroicas» y su evaluación de las condiciones que prevalecen en la India contemporánea como semejantes a las existentes en China en los años 1920 son ejemplos que demuestran esto. La política de Pekín de apoyar a los comunistas indios pudiera no tardar en debilitar la influencia sobre el movimiento comunista indio de los comunistas parlamentarios, pero la suposición de Pekín de que el éxito aguarda a los maoístas que abogan por la rebelión armada es discutible». En las condiciones actuales no es posible pensar en una revuelta generalizada. Entre otras razones, porque la masa de la población hinduista, más de 500 millones de seres, «no está dispuesta, a pesar de su miseria, a lanzarse a la lucha armada»¹¹. Las turbulencias, en definitiva, no tienen, por lo menos momentáneamente, consecuencias en la vida política de la Unión India. La masa de la población hinduista está acostumbrada, secularmente, a los sufrimientos y a la miseria y no está preparada ni mentalizada para secundar ni proyectar ninguna rebelión en gran escala. Su resignación alcanza límites increíbles y esto juega en favor de las autoridades, pese a la negligencia que demuestran.

* * *

En el plano exterior, a finales de 1974 se iniciaban acontecimientos en Sikkim, el protectorado indio del Himalaya. Hacia largos años que Nueva Delhi se inquietaba de la propaganda que venía difundiendo Pekín entre las poblaciones de Sikkim y Butan en una silenciosa y hábil campaña, consistente en apoyar un movimiento de masas encaminado a reivindicar la autonomía económica y política y la retirada de la Unión India de ambos protectorados. El chogyal (soberano) de Sikkim había acabado por acariciar la idea de eliminar de su país la tutela india. El Partido del Congreso de Sikkim, que representa las tres cuartas partes de la población, estimada en 280.000 almas, comenzó a erosionar la autoridad real presentando un proyecto de reforma agraria mediante el cual la familia real quedaba desposeída

¹¹ Jean WETZ: *Le Monde*, 14 julio 1967.

de sus tierras. Las elecciones de abril de 1974 habían dado el triunfo al Congreso, cuyo jefe, Dorji, al poseer mayoría en la Asamblea, ocupaba el cargo de primer ministro. A finales de agosto del pasado año se anunciaba que el Parlamento de Nueva Delhi recibiría un proyecto gubernamental para enmendar la Constitución con el fin de que Sikkim estuviese representado en el Parlamento federal como «asociado» de la Unión India. El chogyal dirigía entonces un mensaje a Indira Gandhi protestando contra el proyecto de su Gobierno de «absorber» al reino himalayano en el sistema político y parlamentario indio y pidiendo que fuera suspendido el mencionado proyecto. Indira Gandhi no dio oídos a las demandas del soberano y el 1 de septiembre Nueva Delhi publicaba el texto del decreto que preveía para Sikkim un Estatuto de Estado «asociado». El chogyal se trasladaba a Calcuta para tratar de entrevistarse con el primer ministro. Durante una semana esperó, en vano, ser recibido por Indira Gandhi, siéndole, finalmente, concedida una audiencia por el ministro de Asuntos Exteriores. Ninguno de sus razonamientos consiguió modificar la trayectoria emprendida por Nueva Delhi. En consecuencia, Sikkim era admitido como asociado de la Unión India y su Partido del Congreso quedaba representado en el Parlamento de Nueva Delhi. Esta decisión privaba de poderes efectivos al chogyal y dejaba la responsabilidad en manos del representante de la India en Gangtok, la capital del minúsculo reino. El oportuno descubrimiento de un «complot» para asesinar a los dirigentes del Congreso motivó, el 7 de abril de 1975, la intervención de las tropas indias, que procedieron a desarmar a la guardia real a petición de Dorji. El día 10, el Parlamento de Sikkim aprobaba una ley aboliendo la monarquía y la anexión del país a la Unión India. Esta ley era aceptada, mayoritariamente, en el referéndum convocado para el 14 de abril. El 23, la Cámara Baja del Parlamento de la Unión India aprobaba la anexión; el 26, la Cámara Alta se pronunciaba en igual sentido y Sikkim se convertía en el vigésimo segundo Estado de la Unión. El Gobierno de Pekín difundía un comunicado negándose a reconocer la «ilegal anexión» de Sikkim por la India.

* * *

La prueba decisiva para Indira Gandhi se ha desarrollado durante el tercer trimestre de 1975. Durante los meses de junio y julio ha demostrado su sagacidad política y su indomable energía al desbaratar la peligrosa ofensiva promovida por el Frente Unido de los cuatro par-

tidos de la oposición no comunista e instaurar un régimen de excepción.

Los acontecimientos que han dado paso a esta situación peculiar comenzaron cuando el dirigente del Partido Socialista (PSS) de Uttar Pradesh, Raj Narain—que había sido derrotado durante las elecciones de 1971 por Indira Gandhi al obtener 71.000 votos frente a los 183.000 sufragios conseguidos por el primer ministro—, presentaba ante los Tribunales una denuncia de corrupción contra Indira Gandhi. La sentencia del juez Jan Mohanlal Sing, del Tribunal de Allahabad, emitida el 12 de junio, aceptaba parte de las acusaciones formuladas por Narain y declaraba nula la elección de la primer ministro para la Cámara Baja del Parlamento, condenándola a inhabilitación política durante los próximos seis años. Indira Gandhi apelaba inmediatamente contra esta sentencia y anunciaba que no dimitiría del cargo mientras que no se conociera la sentencia del Tribunal Supremo. «Estamos decididos—afirmaba ante sus partidarios— a crear una nueva sociedad y continuaremos persiguiendo nuestro objetivo, que es el de eliminar la pobreza. Nos hemos enfrentado en el pasado a muchos desafíos y continuaremos afrontándolos con coraje.»

La sentencia de Allahabad alentaba a los enemigos de la primer ministro, que pasaban a la ofensiva. El 13 de junio, los dirigentes de los cuatro partidos de la oposición no comunista invitaban al presidente de la Unión India, Ahmed, a que exigiera de Indira Gandhi la dimisión inmediata del cargo al haber sido reconocida culpable de irregularidades electorales. «En lo sucesivo—afirmaban en el mensaje— no reconocemos a la señora Gandhi como primer ministro.» Ese mismo día, una gran manifestación hostil se congregaba ante el palacio presidencial para exigir la dimisión de la primer ministro y una parte de la prensa (especialmente *Statesman* y el *Hindustan Times*) apoyaba la dimisión.

Para Indira Gandhi la situación se complicaba por la noticia, publicada ese día, de la derrota del Congreso en las elecciones del Estado de Guyerate. El Frente Unido había obtenido 86 escaños de la Asamblea, mientras que el Congreso sólo conseguía 74 diputados de los 144 que poseía en la Asamblea precedente.

Los dos graves reveses no produjeron mella apreciable en el ánimo de la primer ministro, que se enfrentó valerosamente a la adversidad. Así, en unas palabras pronunciadas ante la multitud de partidarios que la aclamaban, decía: «No tengo miedo. No estoy desamparada.» En el fondo de todo este asunto latía el rencor de los viejos caciques,

como Desai, que habían sido desplazados por Indira Gandhi en 1969 y que intentaban desprestigiarla a toda costa, puesto que mientras conservara el cargo de primer ministro estaban desahuciados del poder. Por otra parte, los cargos que había reconocido el Tribunal de Allahabad resultaban realmente insignificantes: la ayuda, durante la campaña electoral, de un funcionario que estaba emparentado con la familia Nehru y el hecho, absolutamente normal, de que la policía de Uttar Pradesh hubiese asegurado la protección de Indira Gandhi. La admisión de cargos tan leves para basar sobre ellos la sentencia de corrupción dejaba margen a la confianza en el recurso.

La primera sensación de optimismo para la acusada llegaba el 24 de junio, cuando el Tribunal Supremo autorizaba a Indira Gandhi a permanecer en su cargo de primer ministro. La sala de vacaciones del Tribunal escuchaba, durante dos horas y media, los argumentos legales expuestos en favor y en contra de la primer ministro y, al final, el magistrado V. R. Krishama decidía autorizar a la acusada a permanecer en el cargo hasta que el Tribunal Supremo examinase su apelación el 14 de julio. La sentencia prohibía a Indira Gandhi participar mientras tanto en los escrutinios del Parlamento federal y a recibir su sueldo como diputado. El juez señaló que la sentencia se había dictado en una sola audiencia debido a la urgencia del caso, pero que él había estudiado detenidamente todos los argumentos expuestos. Ante esta sentencia, que frustraba sus planes, los cuatro partidos del Frente Unido decidían, el 25 de junio, desplegar una campaña nacional para provocar la dimisión de Indira Gandhi.

Aunque el pleito no hubiese sido sustanciado de forma definitiva, el hecho de que el Tribunal Supremo autorizase a Indira Gandhi a continuar ejerciendo sus funciones le permitía recuperar los resortes del poder para lanzar una ofensiva a fondo destinada a desarticular a sus enemigos.

Así, el 26 de junio, a petición de Indira Gandhi, el presidente de la República proclamaba el estado de urgencia en todo el territorio nacional. Seiscientas setenta y seis personas ingresaban inmediatamente en las cárceles acusadas de haber fomentado un complot y de haber incitado a la rebelión del Ejército y de la Policía. Entre los detenidos figuraban Desai y Narayan. Todas las formaciones políticas—excepto el Partido Comunista pro soviético, leal a la señora Gandhi—veían cómo eran arrestados sus miembros más prominentes. Se implantaba la censura y la prensa adicta denunciaba a las «fuerzas de desintegración» que pretendían sembrar el caos. El Gobierno afir-

maba que «ciertas personas» vinculadas a partidos políticos habían intentado organizar, con ayuda de la oposición, el mercado negro en gran escala. Otros habían intentado paralizar la economía dictando órdenes de huelga, especialmente en Bihar.

En las veinticuatro horas siguientes el número de detenidos se elevaba ya a 900 y no cesaba de incrementarse el aflujo a las cárceles. Indira Gandhi pronunciaba un enérgico discurso, diciendo que estaba dispuesta a hacer respetar «la ley y el orden».

En un examen objetivo de estos acontecimientos es preciso considerar que las medidas adoptadas por la primer ministro resultaban necesarias si se pretendía evitar que la Unión India quedara sumida en el caos, que es lo que hubiese ocurrido forzosamente de confirmarse la evicción de Indira Gandhi, con el consiguiente vacío de poder. Agrade o no, la figura de Indira Gandhi resulta imprescindible —hoy— para mantener el equilibrio y cohesión de todo un subcontinente propenso a la desintegración. La India no cuenta en la actualidad con ningún otro estadista de proyección nacional, de talla política suficiente como para aglutinar las fuerzas políticas de los diversos Estados y de mantenerlas unidos en torno al Gobierno federal. Los partidos derechistas del Frente Unido habían actuado supeditando los intereses nacionales a sus propias apetencias particulares, amenazando la estabilidad de la Unión. La solución dada por Indira Gandhi tal vez no sea la más democrática ante los ojos occidentales, pero es la única apropiada en la India. Por esto resultan absurdas las apresuradas críticas de ciertos rotativos solventes que no advierten que la democracia india no puede ser copia fiel de la de Occidente, sino que tiene forzosamente que adoptar ciertos perfiles peculiares que reflejan la mentalidad de los pueblos de la India, tan dispares entre sí y tan distantes mentalmente de Occidente. *Le Monde* (28 de junio de 1975) dedicaba su editorial a una demoledora crítica de la conducta de Indira Gandhi: «La hija de Nehru —escribía— se cree investida de una misión histórica y portadora de una legitimidad que desafía las reglas democráticas.» En contra de lo que piensa el editorialista, la primer ministro indio no es que «se crea» investida de una misión histórica, sino que indiscutiblemente *está* investida de esa misión, porque las circunstancias por las que atraviesa la India son tan excepcionales y delicadas que su fracaso significaría nada menos que la desintegración de la Unión y la caída en el caos de todo el subcontinente. Indira Gandhi —cuyo conocimiento de la India no puede discutirse— ha advertido el peligro inminente y está tratando de conju-

rarlo, por lo menos momentáneamente, con soluciones que tal vez no sean del agrado de los teóricos de la democracia occidental—por otra parte tan fracasada—, pero que son, sin lugar a dudas, las más apropiadas para la India.

«Nunca desde la independencia de 1947—prosigue el editorial de *Le Monde*— la democracia india había sido burlada tan brutalmente por el poder... Sólo el Partido Comunista pro soviético escapa a las medidas policíacas decididas por la señora Gandhi... Ciertamente habría mucho que decir sobre la significación de las libertades formales en un subcontinente estragado por la miseria, la corrupción, los conflictos sociales, étnicos, lingüísticos, religiosos...» Estas censuras tienen muchos puntos vulnerables, puesto que Indira Gandhi, y con ella el Congreso, habían llegado al poder mediante un aplastante triunfo electoral y no mediante un golpe de Estado militar, mientras que la oposición, derrotada en las urnas, había tratado, confabulada y por medios sinuosos, extrademocráticos, de crear un vacío de poder que les permitiese desplazar a sus rivales. Se trataba de desacreditados partidos de la extrema derecha y de viejos caciques que habían fracasado, dejando tras de sí una estela de corrupción. Si el Partido Comunista pro soviético era el único que escapaba a las medidas policíacas, la razón consistía en que se había negado a secundar la campaña de subversión planeada por los partidos derechistas y los antiguos caciques del Congreso. En cuanto a esas plagas que menciona el prestigioso diario parisino—que no han surgido durante el mandato de Indira Gandhi, sino que son seculares—, por ser ciertas y tan múltiples, sólo demuestran la colosal magnitud de los problemas que aquejan a la India y que en modo alguno podrán ser resueltos mientras las mejores energías de los gobernantes y de los políticos tengan que consumirse en estériles maniobras parlamentarias. La lección de los acontecimientos recientes en los países del sudeste asiático, más afines que Europa a la India, demuestran que la democracia asiática ha de implicar características peculiares. Así lo comprendía el Partido Comunista pro soviético de la India, que publicaba el 27 de junio un comunicado apoyando las medidas adoptadas por el primer ministro contra «los partidos reaccionarios que quieren hundir el país en el caos». Pekín, por el contrario, criticaba al Gobierno de Nueva Delhi, que «se ha despojado de la máscara de la democracia y del derecho», asegurando que «las medidas de opresión» no pueden por menos que aumentar la agitación en la Unión India. Janitshek, secretario general de la Internacional Socialista, se unía, desde Londres, al coro de acu-

sadores diciendo que «considero esto como la mayor crisis de la democracia desde 1945», sin comprender que la democracia, para subsistir, debe ser un concepto proteico de libre adaptación a la idiosincrasia y a las circunstancias de cada país. El declive de las democracias reside precisamente en el empeño puesto por algunos teóricos inflexibles en transformarla en una rígida armazón política que impide y sofoca toda adaptación. En su discurso a la nación, Indira Gandhi revelaba la necesidad de haber proclamado el estado de urgencia; «Un ministro fue muerto y se realizó un atentado contra la vida del presidente del Tribunal Supremo. La Policía y las Fuerzas Armadas fueron instadas a la rebelión. Las ideas y pensamientos de tal cariz son contrarias a la verdadera naturaleza de la democracia.» En nuestra opinión, se trata de un punto de vista sumamente justo, puesto que la libertad no debe confundirse con el libertinaje.

El 6 de agosto, el Parlamento federal aprobaba una serie de enmiendas a la ley electoral, con carácter retroactivo, en virtud de las cuales quedaban anuladas todas las acusaciones de «irregularidad» formuladas contra Indira Gandhi. El incidente, iniciado por el veredicto del Tribunal de Allahabad, parece terminado.

* * *

La Unión India—en definitiva—se encuentra ante una encrucijada decisiva de su destino histórico. Si Indira Gandhi consigue, como todo parece indicar, mantener el control político y si, conforme a las promesas del 1 de julio, logra desarrollar el programa económico-social en favor de los sectores más deprimidos de la población, el porvenir de la Unión puede afianzarse y presentar un perfil lisonjero, a pesar de las maniobras de sus adversarios—especialmente la campaña de desobediencia civil (*satyagraha*)—, que no han de cejar en sus empeños. Si fracasa Indira Gandhi, la falta de verdaderos estadistas ha de traer la consecuencia de que el porvenir de la India se presente muy sombrío y que nadie pueda predecir los rumbos que podrían prevalecer en el inmenso país.

JULIO COLA ALBERICH

N O T A S

